

ETA YA ES HISTORIA →

Repasar la historia de ETA es situar varias de sus escenas al norte del Bidasoa. Desde la I Asamblea hasta hoy, Iparralde ha sido un escenario clave en las operaciones de la organización armada: desde su refugio inicial en los 60 hasta el lugar de escenificación del desarme en 2017, pasando por el lugar de las grandes redadas. Uno de los miembros de ETA que ha expuesto lo que suponía Iparralde fue Alfonso Etxegarai: “No perdíamos nuestros orígenes, no teníamos que aprender una lengua extranjera para comunicarnos y no pensamos que estábamos allí de tránsito”.

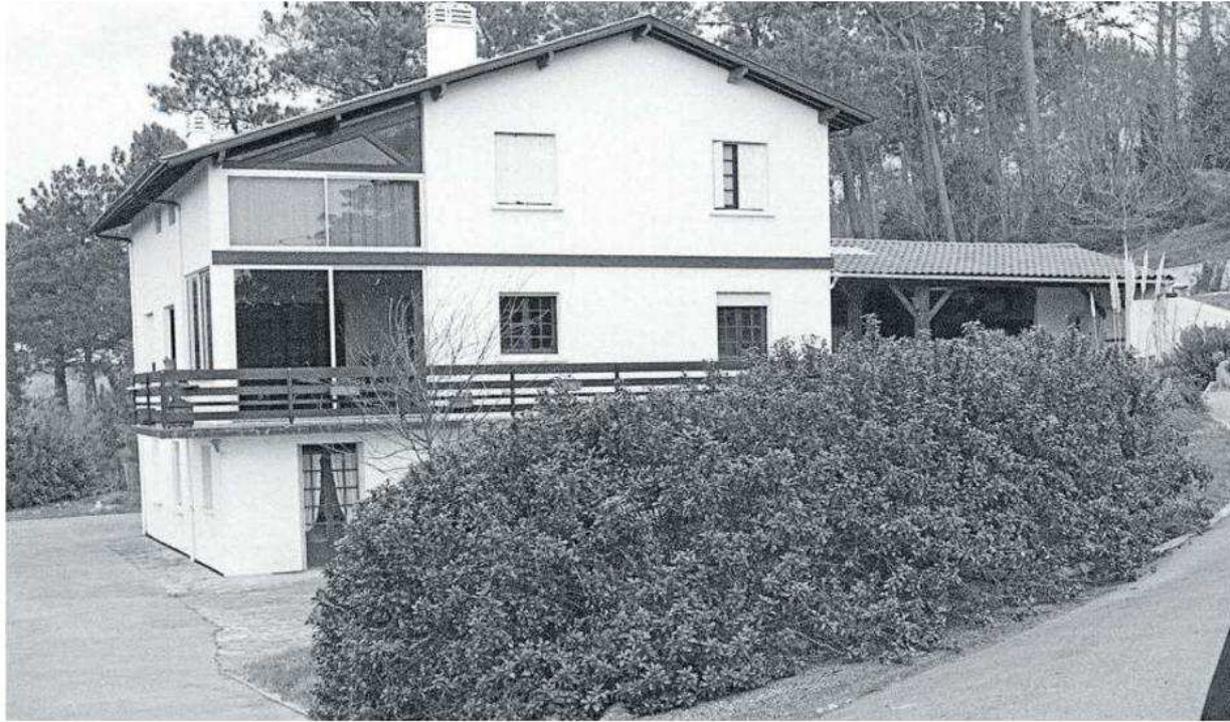
Rechazaban que Iparralde fuera el santuario, como fuera de ETA muchos lo han considerado. Para entender el papel de Iparralde en la historia de la organización armada conviene remontarse un par de décadas atrás a la fundación de ETA. Como mínimo, a la Guerra Civil española, donde miles de vascos cruzaron el Bidasoa. Francia concedía permisos a quienes huían al norte de los Pirineos. Este estatus de refugiado político que tramitaba la Oficina Francesa de Protección de los Refugiados y Apátridas (OFFPRA) fue al que se acogieron los militantes de ETA que, ya en pleno franquismo, cruzaron el Bidasoa.

Varios formaban parte de la dirección de ETA que fue elegida en la I Asamblea, que se celebró en mayo de 1962. El cónclave reunió a cerca de una docena de personas en el monasterio benedictino de Nuestra Señora de Belloc en Aburti (Lapurdi). Meses después de que ETA intentara su primer atentado al intentar descarrillar un tren de simpatizantes nacionales que acudían a Donostia a conmemorar el 18 de julio, esta cita aprobó la *Declaración de Principios*. En ella se definió el Movimiento Revolucionario Vasco de Liberación Nacional.

Fue en esos comienzos de los 60 cuando los primeros militantes de ETA cruzaron de manera estable el Bidasoa. Los cuatro primeros fueron Julen Madariaga, Jose Luis Alvarez Enparantza *Txillardegí*, Benito del Valle y Eneko Irigaray. A diferencia de lo que sucedería décadas después, cuando los militantes de ETA viajaban a la clandestinidad de Iparralde, se integraron en su sociedad: Del Valle fundó una empresa en Hazparne, y *Txillardegí* o Irigaray comenzaron a impartir clases en 1964. Su perfil antifranquista ayudaba a su buena imagen ante las instituciones republicanas, una impresión que se prolongó durante casi dos décadas, cuando prevaleció la concepción de terroristas.

El doctor en Ciencias Políticas por la UPV/EHU Igor Ahecho visualiza tres etapas en la relación entre ETA e Iparralde. La primera, con una “lógica similar a la del nacionalismo clásico”, tenía una consideración de Iparralde “como de hermano pequeño”, “en términos simbólicos, pero desde el punto de vista práctico, como retaguardia de la evolución de los derechos históricos en el sur”.

Iparrretarrak (IK) comenzó en 1972 su acción violenta y para ETA, “la pri-



Un agente de la Gendarmería francesa vigila la villa de Bidart en la que fue detenida la cúpula de ETA en 1992. Foto: Efe

ETA celebró su I Asamblea en 1962 en Iparralde, en un territorio que ha sido testigo de la evolución de la organización armada y de la coordinación entre los gobiernos de Madrid y París.

↳ Un reportaje de Jurdan Arretxe

Casi 60 años al norte del *Bidasoa*

mera consideración de Iparralde es táctica, rechaza la utilización de la violencia por parte de IK”. Este planteamiento dividirá al nacionalismo de izquierdas en Iparralde, que “se fractura por razones éticas entre quienes rechazan la violencia y los que no, y también entre estos últimos: los que siguen la lógica de la izquierda abertzale del sur, que rechaza utilizarla en el norte, y los que no”.

La segunda fase son los 90, con una “confluencia de intereses entre

los sectores más radicales del norte y los más radicales del sur” mientras que, tras el adiós de IK antes del año 2000, “Iparralde da un giro completo y pasa a convertirse en ese hermano pequeño que

El tratamiento de los miembros de ETA en Iparralde varió de luchadores antifranquistas a militantes terroristas

da lecciones al hermano grande del sur”.

GAL Y EXTRADICIONES La muerte de Franco y la llegada de los socialistas François Mitterrand al Palacio del Eliseo (1981) y de Felipe González a La Moncloa (1982) supuso un cambio paulatino en la estrategia gala que había protagonizado Valéry Giscard d’Estaing. En septiembre de 1984, con los GAL actuando en Iparralde –Josean Lasa, Joxi Zabala, Jose Miguel

Etxeberria *Naparra*...–, los tribunales franceses dieron luz verde a las primeras extradiciones a suelo español.

Durante aquellos años, había otros intereses, como narra el diario *ABC* un encuentro del entonces secretario general de la Presidencia francesa Jean-Louis Bianco con periodistas en Madrid. En él, Bianco trasladó que Mitterrand consideraba “nada amistoso” que Madrid pudiera decantarse por trenes alemanes para la puesta en marcha del AVE a Sevilla en 1992.

Con el Mitterrand en el Eliseo pero el conservador Jacques Chirac al frente del Gobierno, los ministros del Interior Charles Pasqua y Robert Pandraeu terminaron por trasladar un último trato a sus homólogos de Madrid, según la misma crónica de *ABC* “Vosotros enterráis el GAL y nosotros os entregamos a todos los etarras que nos pidáis”.

Etxegarai, al que Francia expulsó a Ecuador a mediados de los 80 y que casi desde entonces reside en Sao Tomé, reconoce en su libro *Regresar a Sara. Testimonio de un deportado vasco* (Txalaparta, 1995) que “para el Gobierno español, Iparralde no existía sino como *santuario francés de ETA*, un lugar desde el que los vascos separatistas organizaban los comandos armados que perpetraban los atentados sangrientos en territorio español”. En esta clave, “se trataba de un asunto de Estado: *si desaparecía el santuario francés de ETA, también desaparecería esta*”.

El golpe a ETA que mejor evidenció esta sintonía fue la detención de la cúpula de la organización armada en Bidart. A meses de que Barcelona abriera sus Juegos Olímpicos y Sevilla su Expo, una operación entre policías francesas y la Guardia Civil supu-



so la detención de más de diez personas, entre las que se encontraban Francisco Mujika, *Pakito*; José Luis Álvarez Santacristina, *Txelis*, y Jose Mari Arregi, *Fitipaldi*.

Esta mayor presión redoblada desde París, donde destacarán entre otros la fiscal Irène Stolle y la jueza antiterrorista Laurence Le Vert, llevó a que diversas voces plantearan atentar en suelo francés, donde por su parte, Batasuna continuó en la legalidad.

ETA, que desplegaba en Hegoalde la *socialización del sufrimiento*, no varió su estrategia en el norte, aunque asesinó a los guardias civiles Raúl Centeno y Fernando Trapero en Capbreton en diciembre de 2007 y al gendarme Jean-Serge Nérin, la última víctima mortal de ETA, en marzo de 2010 cerca de París.

Mientras, en palabras del ministro Dominique de Villepin, Francia rechazaba servir "de retaguardia al terrorismo", los militantes de ETA cambiaron el refugio de Iparralde, donde se instalaron algunos de los integrantes de la organización terrorista, por departamentos del entorno. En el Bearne fueron detenidos entre otros en 2004 los principales dirigentes de ETA tras Bidart, Mikel Albisu y Marixol Iparagirre.

Casi 15 años después de aquella operación, la pista de aterrizaje que nació en Aiete acabará en Iparralde, como la escultura del hacha invertida que se inauguró enterrada en Baiona hace un mes. Tanto en la escenificación del desarme como en el acto de hoy resultan decisivas la implicación de diversos agentes de la sociedad civil, la unanimidad de las instituciones y el visto bueno de París para el punto final de una negra historia que eligió Iparralde casi desde el primer día. ●

Igor Ahedo

DOCTOR EN CIENCIA POLÍTICA EN LA UPV/EHU

“Miramos mucho a Irlanda, pero no a lo que ha pasado en Iparralde”

Ahedo (Bilbao, 1973) ha desarrollado buena parte de su actividad académica con la vista puesta en Iparralde, que llama a poner de espejo.

DONOSTIA — ¿Cómo analiza la evolución de la relación de ETA con Iparralde?

—Hay tres periodos históricos. Uno va hasta los años 90, que considero Iparralde en términos simbólicos y desde el punto de vista práctico, de forma instrumental, la retaguardia de la evolución de los derechos históricos en Euskadi Sur. Luego está la década de los 90, en la que confluyen los intereses entre los sectores más radicales del norte y los más radicales del sur, cierta lógica panvasquista de una única lucha; y el último, desde los 2000, cuando Iparralde da un giro completo y se convierte en el hermano pequeño que da lecciones al grande del sur.

¿En qué sentido?

—Es una consideración que siempre ha existido por parte del nacionalismo, que Iparralde es el territorio al que hay que enseñar a ser vasco para convertirse en referencia a la que desde el sur apenas se mira, pero que está muy cerca.

¿Por qué?

—La estrategia de la izquierda abertzale del sur y del nacionalismo en general ha fagocitado las capacidades de los abertzales de Iparralde para tener un proyecto propio. Este despegue se produce a partir de los 90 con las dinámicas departamentalistas y con las políticas públicas de Iparralde. Miramos mucho a Irlanda y a otros territorios, pero no hemos mirado a lo que ha pasado en Iparralde. Con Lizarra-Garazi se abre un período que antecede en casi dos décadas al final de la violencia de ETA. Ese contramodelo sustituye estrategias radicales violentas de Iparretarrak que desaparece sin ruido ni casi escenografía, por dinámicas de desobediencia civil cuyo buque insignia es la creación de la Euskal Herriko Laborantza Ganbara, un



contrapoder territorial finalmente admitido y asumido por las autoridades francesas.

¿En qué se concreta?

—Estos veinte años desde el abandono de la violencia tienen que ver con las oportunidades ganadas en un caso y perdidas en el otro. Se visualiza en Iparralde, donde han combinado estrategias de carácter institucional como la reivindicación del departamento vasco con estrategias disruptivas y desobedientes, muy radicales como el Movimiento DEMO. Algunas tienen una legitimidad tal que son asumidas por la propia estructura estatal francesa.

¿Por ejemplo?

—Si aquí en el 2000 hay prácticas penadas con el proceso 18/98, allí nos encontramos cómo los representantes de Aquitania firman convenios con representantes de Laborantza Ganbara a quien el prefecto había metido a juicio. Eso es bastante significativo, y tiene que ver con dinámicas de acumulación de fuerzas, de integración, de atracción de otros sectores que van más allá de la identidad vasca o la lógica de izquierdas en la reclamación del departamento vasco. Esto explica que la izquierda abertzale pase del 5%-7% de votos a casi el 20% en pocos años. Fue un movimiento amplio y transversal, de izquierdas y abertzale, que es Abertzaleen Batasuna y que antecede en casi dos décadas a EH Bildu. — J. Arretxe



Iritzia

POR Daniel Innerarity

Demasiado tarde

Al leer los últimos textos escritos por ETA, llenos de eufemismos y cosas que parecen argumentos, me he acordado de aquella historia del caldero que contaba Freud para ilustrar lo poco que nos suele gustar reconocer los propios errores. Alguien le reclama a otro una indemnización porque el caldero que le había prestado tenía un agujero y este le contesta: en primer lugar, tú no me has prestado ningún caldero; en segundo lugar, el caldero ya estaba agujereado; y en tercer lugar, yo te he devuelto el caldero completamente intacto. ETA hace algo parecido cuando afirma que solo algunos de sus asesinos estuvieron mal, que su violencia era la respuesta a otra (que, esa sí, era mala desde todo punto de vista) y que le debemos un favor impagable por habernos dejado en paz. Para una organización terrorista que se retira sumando a su fracaso moral un fracaso político, las dificultades a la hora de realizar una autocritica deben de ser insuperables. Confieso que no albergaba grandes expectativas en relación con estas ceremonias; no es muy realista esperar que quienes hasta hace muy poco han sido capaces de matar nos dieran ahora una clase de ética. Tampoco lo necesitábamos. En este País nos siguen encantando las liturgias, mientras que lo relevante son los hechos; en este caso, el hecho de que ETA se vaya definiendo.

No es muy realista esperar que quienes han sido capaces de matar nos dieran una clase de ética

Me llama la atención que algún colectivo lo viva como un triunfo que les humilla

nitivamente, que ya nos encargaremos los demás de contar lo sucedido. Lo único que le debemos (como se lo debemos a cualquier preso) es acabar con la dispersión; para todo lo demás, para decidir nuestro destino y protagonizarlo nos bastamos solos.

ETA no sabe cómo contar lo que ha hecho con el caldero y apela a cosas literalmente increíbles y contradictorias, cuando no grotescas, como eso de que surgieron del pueblo y a él regresan o que esperan que ahora estemos todos a la altura de la responsabilidad que nos corresponde. El final de ETA es el resultado de haber caído en la cuenta de su inutilidad, pero no porque hayan elaborado algún tipo de juicio moral. Todo su lenguaje sigue siendo de un utilitarismo brutal y nos permite concluir que seguirían si pudieran y si les hubiera salido el cálculo de que con más muertos encima de la mesa nos iban a doblegar. Que no hay ese mínimo de sensibilidad moral que es esperable se pone de manifiesto en esa distinción entre víctimas culpables e inocentes, que funciona como un burladero para rehuir el principio de que matar estuvo siempre mal. Y esa vaciedad moral se revela también en la historia de que había un conflicto que les justificaba (coincidiendo así con el modo como Rafael Vera justifica todavía hoy la *guerra sucia*). Claro que ha habido y probablemente seguirá habiendo un conflicto político, pero ETA no ha contribuido a buscar una solución democrática sino que lo ha pervertido. La "causa del Pueblo Vasco" explica que mucha gente muriera pero no ha dado ninguna razón a nadie para matar. Este adiós a las armas, por utilizar la expresión de Hemingway, además de sin ética, se produce sin ninguna contrapartida y sin épica reconocible. Por eso no deja de llamarme la atención que haya alguna asociación de víctimas que lo viva como un triunfo que les humilla. Debería bastarles escuchar a ese sector de la izquierda abertzale que califica todo esto de traición porque no se han conseguido ninguno de sus objetivos; sus intenciones son despreciables, pero han dicho la verdad. No son mejores que los ofiциantes, pero son más sinceros porque no forman parte de esa escenografía que trata de vendernos un caldero que no es suyo, que tiene un agujero y que nos les pertenece. ●

El autor es catedrático de Filosofía Política e investigador "Ikerbasque" en la UPV/EHU.